

100

L



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO

Bc1561

Is

La cultura filosófica en la España medioeval

- I. Las fuentes teológico-escolásticas del pensamiento medioeval.—II. La cultura romano-visigoda.—III. La cultura árabe.—IV. La cultura judía.—V. La cultura cataluño-aragonesa.—VI. La cultura castellana.—VII. Sinopsis.

I.—LAS FUENTES TEOLÓGICO-ESCOLÁSTICAS DEL
PENSAMIENTO MEDIOEVAL

La habitual cronología política pone como límites de la Edad Media la caída de los imperios de Occidente (476) y de Oriente (1453). Picavet ha discutido esas fechas con relación á la historia de la filosofía; en su concepto, la «civilización teológica» tiene sus orígenes en el primero antes de nuestra era, y dura diez y seis siglos. En el caso particular de la cultura filosófica española, los orígenes remontan á la escuela de Córdoba, durante el período hispanorromano y su terminación puede fijarse en el fin del siglo xv, por coincidir el descubrimiento de América y la introducción de la Imprenta con la unificación política de la España feudal bajo la hegemonía de Castilla.

La historia filosófica de la Edad Media se caracteriza por el advenimiento de tres religiones orientales monoteístas, derivadas del mismo

tronco hebreo. Ellas crean sus Patrologías y sus Escolásticas, siguiendo un proceso semejante. Cada una considera heréticas á las otras dos. Sus teólogos discuten los mismos problemas: Dios y el Alma, aquél como creador ó esencia del mundo, ésta como intermediaria entre el hombre y la divinidad. Junto á esos problemas aparece el tercero: el valor de la fe como fuente única de toda sabiduría. Antes de reaparecer en las tres teologías la antigua filosofía del mundo pagano, la labor de los doctores respectivos se ciñe á comentar los textos sagrados—Biblia, Evangelio, Corán—que se consideran como fuentes de la verdad absoluta; para explicarlos y defenderlos tienen las tres iglesias sus Apologistas y sus Padres. Hay una Patrología hebrea y otra musulmana, semejantes á la cristiana.

Más tarde aparecen problemas ajenos a los libros sagrados. Las tres teologías se complican; la dialéctica se desarrolla en las escuelas como instrumento eficaz para la demostración de los dogmas y de la fe; pronto se advierte que el más formidable recurso para cultivar la dialéctica son los preceptos lógicos dejados por Aristóteles. Las teologías cristiana, musulmana y judía, reciben su limitado Aristóteles á través del neoplatonismo alejandrino, siendo esencial en las tres la influencia de Plotino y sus discípulos.

Con ese primer Aristóteles se alimentan las escuelas teológicas hasta la aparición del Aristóteles completo, que inicia la segunda escolástica. Los árabes y los judíos de Occidente, toman contacto con él, antes que los cristianos; vencidos los primeros y perseguidos los segundos, su herencia pasa á renovar la escolástica cristiana. La filosofía se introduce en las teologías; las tres llegan á distinguir, más tarde, la verdad filosófica de la verdad teológica. Pero el triunfo político de la iglesia de Roma en la Europa Occidental, excluyó las otras dos escolásticas medioevales, tocándole á la cristiana sufrir la crisis de renovación humanista que remató en el Renacimiento.

La teología musulmana culmina filosóficamente en Averroes; la teología judía en Maimónides; la cristiana en Tomás de Aquino. Las dos primeras mueren absorbidas por las teologías dogmáticas de sus religiones respectivas; la cristiana crece como el poder político de las naciones que la acatan, se transforma por el influjo de las otras dos, se renueva y más tarde se divide, engendrando las dos teologías cristianas que siguen oponiéndose en la actualidad: la teología católica y la teología protestante.

En ningún país europeo, durante la Edad Media, coexistieron en más íntimo contacto que en

España las tres filosofías escolásticas medioevales. La musulmana y la judía fueron esencialmente españolas, con Averroes y Maimónides. La cristiana, que en la Patrología había tenido á Isidoro de Sevilla, llegó á contar en Aragón el nombre ilustre de Raimundo Lulio; ninguno igual tuvo Castilla, que se distinguió principalmente por el cultivo de los géneros literarios.

Desde la irrupción de las religiones monoteístas en el mundo pagano, hasta la aparición de la escolástica tomista, la península española es la región más interesante para la historia de la filosofía.

II.—LA CULTURA ROMANO-VISIGODA

Las religiones monoteístas de Oriente penetran á la Europa Occidental con la predicación del cristianismo, que fué una simple herejía con relación á su tronco judaico, como vino á serlo más tarde el protestantismo con relación á la iglesia de Roma. Con grande oportunidad se presentó la nueva fe en el mundo pagano; su decadencia moral era propicia á una religión de simpleza y virtud, como suelen serlo todas las herejías en sus comienzos.

Su difusión es rápida; nada pueden contra ella

las persecuciones. A medida que su influencia crece, el cristianismo se adapta al medio. Póñese primero en contacto con la moral estoica, floreciente en Roma; durante muchos siglos, Séneca y Cicerón figuran mezclados, en la naciente teología, con los Padres de la Iglesia. Más tarde busca una cultura superior y se abreva sin reservas en el neoplatonismo alejandrino, que la pone en comunicación con la filosofía griega. La patrología cristiana se impregna de ambas y prospera con su ayuda.

Intereses políticos heterogéneos, y diferencias de interpretación de los textos sagrados, engendran las primeras discordancias en el naciente mundo cristiano; durante toda la Edad Media florecen innumerables herejías, que son al cristianismo lo que éste al judaísmo; á la larga ellas son reprimidas por la connivencia de intereses entre los más poderosos monarcas feudales y la iglesia de Roma.

La herejía de Lutero, más robusta, encontró propicios intereses políticos que la consolidaron, consiguiendo afirmarse y crear la nueva iglesia protestante, que aún coexiste con la católica, dividiéndose ambas el mundo cristiano.

En esta evolución cultural de la Edad Media, esencialmente religiosa, tuvo España participa-

ción marcada, desde los orígenes hasta la renovación final (1).

Siendo provincia romana, la península fué rica y culta. Dió á las letras y á la filosofía latinas ciertos nombres preclaros. Pompeyo favoreció singularmente á Córdoba; César á Sevilla. Esta última llegó á ser un centro de cultura, aunque no produjo ninguna personalidad descollante en la historia del pensamiento latino. Córdoba tuvo una fisonomía intelectual más acentuada; partieron de allí, hacia Roma, algunos eminentes hombres (2). Debe, empero, su mayor renombre y gloria á SÉNECA, nacido en el año

(1) Además de las historias generales de España (dando entre las de autores españoles mayor crédito á la de Altamira) y de las historias de la literatura castellana, hemos consultado con provecho—aparte de los libros especialmente citados: modernos y fáciles de encontrar—, las tres obras monumentales (no obstante su absurdo criterio filosófico) de D. Marcelino Menéndez Pelayo (Ciencia Española, Heterodoxos é Ideas Estéticas en España) y los únicos dos tomos publicados de la erudita y excelente historia de la filosofía española, de Bonilla y San Martín. Aunque menos, también nos fué útil el «Discurso Preliminar» á las «obras escogidas de los filósofos», por D. Adolfo de Castro. (Tomo LXV de la «Biblioteca de Autores españoles», 1893).

(2) En las letras y la retórica duran los nombres de Porcio Latrón, Junio Galión, Turrino Clodio, Víctor

segundo de la cronología cristiana. Los escritores españoles suelen reclamarlo como patriota; la involuntaria circunstancia de nacer en uno ú otro punto geográfico no constituye la nacionalidad de un pensador, sino su compenetración con la cultura nacional. Si Séneca no asimiló la de España, pues su estoicismo no era de origen peninsular, es indudable que en todo tiempo sus doctrinas tuvieron marcada influencia sobre los moralistas de la península (3).

Aparte de las obras literarias que se le atribuyen—diez tragedias de visible inspiración griega—, sus escritos filosóficos le acreditan como el más feliz expositor de las doctrinas estoicas. Su biografía y bibliografía son bien conocidas; sus «Epístolas á Lucilio» han sido copiadas é impresas más que ninguna otra obra filosófica. Fué eminente eticista; poniendo los fundamentos de

Statorius y del retórico M. A. Séneca, padre del filósofo. Fueron nativos de la península, —además de los cordobeses Lucano y Marcial—Deciano de Mérida, Cayo Higino de Valencia y los dos Balbo de Cádiz, que florecieron bajo la República. Huesca tuvo una escuela floreciente, fundada por Sertorius.

(1) Angel Ganivet, en su magnífico «Idearum Español» (1899), afirma que el «senequismo» es una característica de la cultura peninsular, parecer compartido, antes y después, por otros escritores españoles.

la moral en la dignidad humana, aparte de todo dogmatismo religioso y ajeno al hombre mismo, conservó firme prestigio entre los hombres superiores de todos los países y de todas las creencias; el estoicismo ha sido siempre una aristocracia moral. Su influencia en España fué considerable por la circunstancia de abundar los moralistas, como consecuencia de frecuentes relajaciones de las costumbres políticas, sociales y religiosas. Durante los primeros siglos del cristianismo lo aceptó de buen grado, inventándose la leyenda de las relaciones entre Séneca y San Pablo, y sobreentendiéndose que fué adicto al cristianismo. Lo que, más tarde, vino á probarse inexacto.

Merece particular mención el insigne rector y pedagogo M. F. Quintiliano, nacido en Calahorra á mediados del siglo primero. Después de estudiar en Roma, regresó á la península, de donde fué llamado á la metrópoli por Galba, quien le distinguió muchísimo, lo mismo que Domiciano. Grande fama alcanzó como profesor de elocuencia y tuvo muchos discípulos, siendo el más ilustre de éstos Plinio el Joven. Su «Institutiones Oratoriae», en doce libros, constituyen un verdadero tratado de pedagogía, lógica y ética, particularmente aplicadas á la educación de los oradores. Es visible en la obra entera una

marcada influencia de Cicerón, á quien procuró imitar, no sin ingenio; como en las de su modelo, flota en ella un espíritu conciliador y acomodaticio, diluyendo la severa moral estoica en proporciones que la hicieran agradable á los hombres de mundo. Su autoridad se mantuvo mientras la retórica guardó su antiguo prestigio, decayendo con ella.

Por la misma época que Quintiliano en Roma, floreció Moderato en Cádiz, expositor de la doctrina pitagórica, á quien menciona Porfirio en las biografías de Pitágoras y de Plotino; Bonilla y San Martín ha publicado los exiguos fragmentos que Estabeo le atribuye.

Al decaer la dominación romana, la península se vió sucesivamente solicitada por dos influencias religiosas (cristianismo y arrianismo), cuyas luchas caracterizan su historia cultural hasta la invasión de los árabes.

El cristianismo penetró precozmente, alcanzándole algunas de las persecuciones imperiales. A principios del siglo iv el poeta cristiano C. Vecio Aquilino Juvenco escribió una historia evangélica en verso y otros varios libros de apologética cristiana. Uno de los primeros obispos, Osio de Córdoba, intervino en el concilio de Nicea, en 325, para combatir el arrianismo. Se le atribuyen inclinaciones platónicas é hizo tra-

ducir al latín el «Timeo» por Calcidio; éste, de quien se tienen pocas noticias, era un comprometedor mezclista de neoplatonismo y cristianismo, sin importancia original. Discreto poeta aunque modestísimo pensador fué M. A. Prudencio Clemente, nacido en Zaragoza (?); á fines del siglo iv escribió en defensa de la religión y contra las herejías, imitando á los apologistas de su tiempo y á su contemporáneo Agustín de Hipona.

Las herejías adelantáronse en importancia al cristianismo peninsular. *Prisciliano* (de 350 á 400), docto y virtuoso gallego, fué educado en la escuela de los gnósticos Marco y Elpidio. Hubo muchos priscilianistas en España, inclusive algunos obispos, excomulgados en 380 por el concilio de Zaragoza. Prisciliano, electo obispo de Avila, fué más tarde perseguido y decapitado, por orden del emperador, junto con varios de sus principales partidarios. Era un tanto original, dentro de su gnosticismo, mezcla de magia y astrología con el cristianismo; reclamaba el derecho de crítica de los textos religiosos y propició una moral ascética. Introdujo la influencia oriental. Su exégesis es reciente (Schepps, 1886); en un muy interesante capítulo estudia su personalidad y su influencia un docto benedictino francés (1).

(1) Dom Leclercq: «L'Espagne Chrétienne». 1906.

Contra Prisciliano escribió el monje Baquiaro dos opúsculos de polémica. Su herejía agitó durante algún tiempo la vida religiosa peninsular, siendo el eje de las mayores disputas hasta el advenimiento del arrianismo visigodo, en el cual se refundió.

Las incursiones de alanos, vándalos y suevos, comenzadas en España en los primeros tres siglos, acentuáronse en el iv; en el v fué definitiva la invasión de los visigodos (1). Profesaban éstos el arrianismo, herejía derivada, como el priscilianismo, del gnosticismo alejandrino.

La crisis política y social del imperio romano acercábase á su término. Teodosio dividió el imperio (395). El de Oriente alcanzó cierta estabilidad y grandeza, prolongándose hasta el advenimiento de la dominación turca (1453); el de Occidente no llegó á durar un siglo. En el imperio oriental siguióse cultivando la filosofía, mezclándose las fuentes griegas con las asiáticas. En el de Occidente decayó mucho la cultura filosófica, mirada al principio con desconfianza por el cristianismo triunfante; Justiniano, en 529, no vaciló en cerrar las escuelas de filosofía,

(1) Sobre este período puede leerse la excelente «Historia de las instituciones sociales de la España Goda», de Pérez Pujol.

entendiendo favorecer con ello á los inseguros teólogos cristianos.

Los primeros apóstoles habíanse jactado de su ignorancia y pobreza; entendían que la ciencia era innecesaria para comprender su doctrina y que las riquezas no eran indispensables para servir á Dios. Al surgir la época de controversia, los doctores cristianos viéronse forzados á ilustrarse, abrevándose en las fuentes paganas (2). Los Padres de la Iglesia no llegaron, sin embargo, á poseer un definido sistema filosófico; en sus manos la filosofía se convirtió en una preparación para la teología. Los padres platónicos predominaron, encabezados por Agustín de Hipona (354-430); los padres peripatéticos fueron menos escuchados, influidos por Boecio (470-526), que introdujo el único Aristóteles de la primera escolástica, lo que le valió morir en el suplicio, aunque converso.

Sobrepuestos los textos sagrados á toda razón ó experiencia, el espíritu crítico y de libre examen tradújose por una pululación de herejías, que en los siglos viii y ix llegaron á ser una epidemia. Habrían variado, ciertamente, las suer-

(2) Ver: L. Grandgeorge: «Saint Augustin et le Néoplatonisme» (Bibl. de l'Ecole des Hautes Etudes, section de Sciences Religieuses), edit. Lerroux, Paris, 1896.

tes de la cultura europea medioeval, si los monarcas feudales no hubiesen favorecido á la iglesia católica, principalmente Carlomagno; éste, lector de la «Ciudad de Dios» de Agustín, propulsó las ciencias y las letras con una orientación estrictamente teológica y religiosa.

Todo el período patológico sigue ocupado por la lucha contra las herejías; ello se advierte, como en todas partes, en España.

Los visigodos eran secuaces de Arrio, famoso hereje de Alejandría. Temperamento de Apóstol, familiarizado con la filosofía de Aristóteles y Platón, atacó la doctrina de la divinidad del Verbo, negando que Cristo fuese Dios; fué condenado por el concilio de Nicea. Aunque repuesto por Constantino, el obispo Atanasio de Alejandría (296-373) negóse á admitirlo, combatiéndolo en vida y después de muerto. Por el obispo Ulphilas que en Constantinopla había conocido á Arrio, los godos recibieron el arrianismo; fué poderoso hasta el siglo vi, teniendo numerosas iglesias y obispos, con el apoyo de muchos reyes, en todo el Occidente.

La conquista visigoda trajo en la península una ardiente lucha entre cristianos y arrianos. Los discípulos de Prisciliano recibieron el arrianismo con simpatía y coadyuvaron á su florecimiento, hasta fines del siglo vi. A combatirle, en

la primera mitad del siglo v, dedicáronse los obispos cristianos—Idacio, Draconcio, Orensió, etcétera—, sin muy buena fortuna, por no tener de su parte á los reyes godos.

Destácase entre ellos Pablo Orosio, discípulo de Agustín, sin originalidad; sus escritos son polémicos y su Apología del Cristianismo, aunque publicada en concepto de Historia universal, es puramente apologética.

En el siguiente siglo Martín Dumiense, natural de Hungría, llegó á Galicia y convirtió á los suevos; influenciado por los alejandrinos y por Séneca, escribió sobre temas morales, revelándose recopilador poco original.

En la segunda mitad del siglo vi, el obispo de Cartagena, Liciniano, desterrado por el rey Leovigildo, escribió algunas polémicas contra los herejes; Menéndez y Pelayo le considera influenciado por Platón.

La capital visigoda, que fuera desde 441 Sevilla, trasladóla á Toledo el rey Leovigildo, en 567; fué, por ese entonces, el teatro de luchas terribles entre arrianos y católicos. Al partir Leovigildo dejó en Sevilla á sus hijos, Hermenegildo como virrey y Leandro como obispo. Influenciados estos últimos por el antiarrianismo de Atanasio, convirtiéronse al cristianismo y se

revelaron contra su padre. Hermenegildo fué vencido y ejecutado; Leandro, y su hermano Isidoro que vino á sucederle en el obispado, no cesaron por eso en su predicación de la fe. Las suertes del cristianismo en la península se vieron favorecidas grandemente desde 586 por la conversión del rey Recaredo; en el tercer concilio de Toledo (589) el rey y toda su corte abjuraron la religión visigoda, adoptando oficialmente la cristiana y el idioma latino. Por el año 600, bajo el papa Gregorio I, la conversión extendíase á todos los dominios visigodos.

El término de esa contienda coincide con la aparición de una figura eminente en patrología cristiana: *Isidoro de Sevilla* (570-636), incomparablemente superior á cuantos otros le precedieron y siguieron en España, durante la edad media godo-cristiana. Ilustradísimo para su tiempo, fué enciclopédico. Además de escritos históricos y literarios, sus obras fundamentales refiérense á la teología moral. Debe su mayor notoriedad á su famosa enciclopedia «Orígenes y etimologías», en veinte libros, que contienen todo lo que podía saber un erudito en el siglo VII. Es una verdadera suma; interesa más por la cantidad de conocimientos en ella acumulados que por la originalidad doctrinaria ó el vuelo metafísico, por cuya razón le asignan rango secundario los his-

toriadores de la patrología. Su importancia en la península fué enorme, fuera de ella alcanzó bastante notoriedad, siendo muy citado en los comienzos de la escolástica cristiana. Vicente de Beauvais tomó las «Etimologías» de Isidoro como ejemplo para su famoso «Espejo Mayor». Durante mucho tiempo se le atribuyeron las «Falsas Decretales» que tanto dieron que disputar en la Edad Media. Su biografía y bibliografía son muy considerables (1). Tuvo numerosos discípulos; el obispo de Zaragoza, Braulio, ordenó sus «Etimologías» en la primera mitad del siglo VII; Eugenio, Ildefonso y Julián, obispos de Toledo, Máximo y Tajón, obispos de Zaragoza, Constancio de Palencia, y otros de menor cuantía. La escuela de Sevilla tuvo, por esos tiempos, la hegemonía de la cultura peninsular (2).

Durante los siglos VII y VIII la cultura cristiana decae, en general. El catolicismo, triunfante, se inmiscuyó en la política temporal, y con ello sobrevino la corrupción del clero, en cuyos altos

(1) «Obras Completas», magistralmente comentadas por el jesuita Arévalo, Roma, 1797, en VII volúmenes. Monografía de Menéndez y Pelayo, en los «Estudios de Crítica Literaria», Madrid, 1884. San Isidoro, obras é influencia, por Carlos Canal, Sevilla, 1897. Etc.

(2) Abate bouret: «L'Ecole Chrétienne de Séville, etc.», Paris, 1855.

cargos se filtró la nobleza visigoda; ello se desprende de las declaraciones de los padres y de las decisiones de los concilios. No sorprende que en el eclipse de la monarquía visigoda, en el Guadalete (711), nobleza y el clero estuvieran representados por dos traidores, un conde y un obispo.

Desde ese momento la nueva civilización árabe se sobrepone á la visigoda; su religión y su teología, maduradas en Oriente, llegan á constituir una importante rama de la escolástica musulmana en la península, por los mismos siglos en que la cristiana florece en Europa.

III.—LA CULTURA ÁRABE

La decadencia cultural que acompañó la caída del imperio de Occidente, fué menos intensa en el oriental, donde persistió cierto afán de estudio. De Bizancio aprendieron los Sirios y de éstos los Arabes, que más tarde transmitieron al occidente la filosofía griega. La grandeza del imperio islámico, á partir del siglo VIII, acompañóse del singular florecimiento de las ciencias y las artes, fundándose escuelas donde comenzó á cultivarse la filosofía alejandrina, cuya influen-

cia es en ellas evidentísima (1). Antes de ese contacto con la filosofía griega, el islamismo había engendrado muchas sectas y escuelas, cuyo objeto era comentar la teología mahometana (2). Cuando vinieron á apartarse del dogma, los filósofos tuvieron que luchar grandemente con los doctores místicos, contrarios á toda especulación que pudiera comprometer la fe. En el mundo árabe el peripatetismo prospera, sin embargo, aunque á través de los comentaristas neoplatónicos. Al-Gazel (después de Al-Kindi, Al-Farabi é Ibn-Sina), opúsose en nombre de la fe á toda ciencia fundada en la razón, llegando á predominar en Oriente; en cambio, en Occidente, la filosofía arábigo-española volcóse provisoriamente del lado aristotélico, principalmente con Averroes, para volver más tarde al algacelismo y reconstituirse como simple teología religiosa, cuando ya el imperio musulmán declinaba en la península.

Nacida de la interpretación del Corán, la filosofía musulmana iniciase con sutiles discusiones teológicas sobre las relaciones entre Dios y la

(1) Ver E. Vacherot: «Histoire critique de l'Ecole d'Alexandrie», III vol., París, 1846-1851.

(2) Ver O. Houdes: «L'Islamisme», edit. Lerroux, París, 1908.